

aumentaban los dolores causados por el mal de piedra. El Papa los sufría con grandísima paciencia. Una operación que los médicos proponían, no quiso permitirle, probablemente por su gran recato (1).

A los padecimientos corporales se añadían otros morales. Graves cuidados ocasionaba al Papa sobre todo la actitud de las grandes potencias católicas. Felipe II estaba disgustado con él a causa de su proceder en el proceso del arzobispo Carranza; el embajador del rey católico amenazaba además con la ruptura de las relaciones diplomáticas, si Pío V concedía la dispensa para el matrimonio de Enrique de Navarra, la cual procuraba arrancarle el embajador francés, amenazando con la sustracción de la obediencia. A todo esto se agregaban las desavenencias con el emperador por la elevación de Cosme de Médicis a la categoría de gran duque de Toscana (2). Un ardiente deseo del Papa enfermo consistía en poder hacer otra vez la visita a las principales iglesias de Roma, a la que tanta afición tenía. Inútilmente procuraron disuadirle de ello los médicos y las personas que más de cerca le rodeaban. El 21 de abril, aunque soplaba un fuerte viento marero, emprendió el largo camino de dicha visita, en el cual anduvo a pie hasta más de una milla italiana. Yendo a San Pablo extramuros, encontró a un pastor, que le regaló un cordero, al paso que otro le ofreció algunas codornices. En la Escala Santa topó con algunos fugitivos ingleses; hizo anotar sus nombres, para poderles dar socorros. Mirando al cielo exclamó: Dios mío, vos sabéis que estoy dispuesto a derramar mi sangre por la salud de esta nación. Bendijo cariñosamente a la muchedumbre que había concurrido a millares, la cual cobró nueva esperanza al ver con qué vigor caminaba el enfermo (3).

Era la última vez que la esforzada alma de Pío V obligaba al cuerpo caduco a servirle. En los días siguientes el Papa no se halló

(1) V. la \*relación de Arco, de 12 de abril de 1572, *Archivo público de Viena*. Cf. la \*carta de Zibramonti de 30 de abril de 1572, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y Corresp. dipl., IV, 731, nota 1. Siendo cardenal, así lo refiere su médico, se había una vez dejado reconocer, siendo Papa no quiso permitirlo; v. Marini, II, 321.

(2) V. la \*relación de Cusano de 24 de mayo de 1572, *Archivo público de Viena*. Cf. vol. XVII, 327 s. y más abajo, p. 388, nota 4.

(3) V. la \*relación de A. Zibramonti, de 26 de abril de 1572, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también la \*carta de Arco de 26 de abril de 1572, *Archivo público de Viena*. El episodio con los ingleses se halla en Catena, 215.

ya en estado de despachar los negocios corrientes (1). Al anochecer del 26 de abril le sobrevino un profundo desmayo, del cual, sin embargo, se repuso muy pronto. En la mañana siguiente pudo hasta conceder audiencia al príncipe de Urbino. Al caer de la tarde se dejó sentir un nuevo desfallecimiento algo menor. Al otro día quiso el Papa decir la santa misa. Pero su debilidad le privó de este consuelo; mas no dejó de asistir a una misa y recibir la sagrada comunión. Hacia el mediodía padeció un nuevo desmayo tan grave, que los que le rodeaban, le tuvieron por muerto. En el Vaticano se cerraron las puertas, se tomaron todas las precauciones y se convocó a los cardenales. No obstante, pronto se les hubo de dar orden contraria, porque el Papa volvió en sí; sin embargo, su estado siguió sin ofrecer esperanza alguna (2).

Con sereno rostro esperaba Pío V su muerte. Mientras los que tenía en su derredor, lloraban y sollozaban, él se mostraba enteramente tranquilo y procuraba aún consolarlos. Dijo que Dios nuestro Señor, en caso necesario, haría nacer de las piedras al hombre que su Iglesia necesitaba en tiempos tan difíciles. Entre las oraciones que se hacía leer incesantemente aun durante la noche, prefería los siete salmos penitenciales y la historia de la Pasión del Señor. Cuantas veces se pronunciaba el nombre de Jesús, descubría su cabeza con gran reverencia, y cuando las manos ya no se lo permitían, hacía por lo menos una inclinación de la misma (3). La defensa de la cristiandad contra el islam le ocupó hasta su fin. Repetidas veces exhortó a la prosecución de la cruzada contra los turcos. Su último acto de gobierno consistió en entregar a su tesorero una cajita con 13000 escudos, de los cuales solía hacer sus limosnas particulares, diciéndole: «Esto prestará buenos servicios para la guerra de la liga» (4).

(1) V. la relación de Zúñiga, de 24 de abril de 1572, Corresp. dipl., IV, 729.

(2) Además de la Relatione, 201, citada arriba, p. 384, nota 7, v. todavía la \*relación de Cusano, de 28 de abril de 1572, *Archivo público de Viena*. Cf. también la \*carta de A. Zibramonti, de 30 de abril de 1572, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y las \*relaciones de V. Matuliani, de 27 y 30 de abril y 1.º de mayo de 1572, *Archivo público de Bolonia*.

(3) V. Catena, 216. Cf. también la relación de A. Zibramonti, de 1.º de mayo de 1572, en las Anal. Boll., XXXIII, 202, nota 4.

(4) V. la Relazione, ibid., 203. Uno de los últimos \*breves se refiere asimismo a la guerra contra los turcos; lleva la fecha de 27 de abril de 1572, y dispone el nombramiento de Miguel Bonelli para capit. generalis classis S. S<sup>ta</sup>s. *Archivo de breves de Roma*.

El 30 de abril sintió el Papa que se acercaba su fin. Para morir como un simple religioso, se hizo vestir el hábito de Santo Domingo. Al anochecer el sacristán le administró la extremaunción. Como le fatigaba un fuerte catarro, hubo de renunciar a recibir el santo viático (1). «El Papa, refiere Aurelio Zibramonti el 30 de abril, yace inmóvil con las manos juntas. Sólo algunos penitenciaros están de rodillas en torno de él. Violentos dolores le atormentan continuamente.» (2) Cuando algún momento volvía en sí, se le oía rogar en voz baja: «Señor, aumentad mis dolores, pero aumentad también mi paciencia» (3). Entre tales actos de heroica resignación en la voluntad de Dios, Pío V exhaló santamente su espíritu en las últimas horas de la tarde del 1.º de mayo de 1572 (4). Había alcanzado la edad de sesenta y ocho años, ocupando la silla de San Pedro seis años, siete meses y veintitrés días.

Todas las fuerzas de Pío V, desde el primero hasta el último día de su reinado, habían estado consagradas a amparar a la Iglesia de los enemigos de la fe católica, a purificarla de todos los abusos, a extenderla en las regiones ultramarinas, así como a defender la cristiandad europea contra los asaltos del islam. En todos estos terrenos no se pudieron lograr buenos éxitos definitivos, ya por causa de la misma brevedad de su pontificado. A pesar de esto el santo Papa obtuvo grandes cosas. Sus sucesores cosecharon muchas veces lo que él había sembrado. En el tiempo siguiente se manifestó cada vez más claramente la importancia de su incan-

(1) V. Anal. Boll., XXXIII, 201-202.

(2) \*Carta existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. De los fuertes dolores que padecía el Papa continuamente, habla también Arco en su \*relación de 19 de abril de 1572, *Archivo público de Viena*.

(3) Esta expresión transmitida por Catena (p. 212) está también atestiguada por una \*carta de Zibramonti, de 1.º de mayo de 1572 (Anal. Boll., XXXIII, 202, nota 4), y otras relaciones (v. Corresp. dipl., IV, 731, nota 1).

(4) V. Firmano en las Anal. Boll., loco cit., nota 2; cf. ibid., nota 4, la carta de A. Zibramonti, y además las dos \*relaciones de Arco y Cusano, de 1.º de mayo de 1572, en el *Archivo público de Viena*. V. también la carta de Gerini en Grotanelli, Fra Geremia da Udine, Firenze, 1893, 25 s. En la obducción hallaron los médicos tres piedras negras en la vejiga; v. la relación de Juan Franc. Marengo d'Alba en Marini, II, 321; cf. Corresp. dipl., IV, 731. Pío V sucumbió indudablemente a su mal de piedra. Las tres piedras halladas en su vejiga las refiere Cusano en su \*relación de 24 de mayo de 1572 (*Archivo público de Viena*; cf. arriba, p. 386) a las «otras tres piedras», que le habían atormentado más que éstas, es a saber, el disgusto por el negocio de Carranza, la dispensa matrimonial para Navarra, y las desavenencias por el nombramiento de Cosme para gran duque.

sable y profunda actividad para la reforma y restauración católica. Por lo demás, ya los contemporáneos conocieron cuán grande pérdida padeció la Iglesia con su muerte. Fué general el sentimiento de que un santo había salido de este mundo. Principalmente en Roma se mostró cuán profunda impresión había hecho la vida del Papa. Los moradores de la Ciudad Eterna, en la cual reinaba absoluta tranquilidad (1), corrieron a millares a venerar el cadáver expuesto en San Pedro. Cada cual procuraba obtener como preciosa reliquia, algo que hubiese pertenecido al difunto. Las guardias hubieron de reprimir al fin el exagerado fervor de estos devotos. El que no se pudo apropiarse alguna reliquia, procuró por lo menos tocar el féretro con rosarios u otros objetos de devoción (2).

Un buen conocedor de la curia de entonces juzgaba que con la muerte de Pío V había perdido la Iglesia un pastor verdaderamente piadoso y santo, un ardiente defensor de la religión, un terrible castigador de los vicios, un sacerdote en extremo vigilante e incansablemente activo, cuyo esfuerzo todo había ido dirigido a la honra de Dios y a la exaltación de la santa fe católica (3). Lo que un tan severo asceta como San Carlos Borromeo dijo

(1) V. las \*relaciones de V. Matuliani, de 1.º y 3 de mayo de 1572, *Archivo público de Bolonia*.

(2) V. la Relazione en las Anal. Boll., XXXIII, 204. Cf. Ciaconio, III, 494; Lanciani, IV, 45; la Revista de historia eclesiástica suiza, 1907, 220. Varias pagas para el catafalco de Pío V pueden verse en los \*Mandata, 1572, p. 22<sup>b</sup>, *Archivo público de Roma*. J. B. Nasalli Rocca, S. Pio V e le sue reliquie nella Basilica Liberiana\*, Roma, 1904, da una minuciosa descripción de las numerosas reliquias de San Pío V que se veneran en Santa María la Mayor (entre otras el rojo camauro, el breviario, etc.). El primitivo féretro de madera se conserva en la capilla subterránea del Pesebre, la muceta de seda de San Pío V en Santa María in Vallicella de Roma, y otras reliquias en la celda del santo junto a Santa Sabina. La silla gestatoria por él usada se halla en el llamado Octógono de San Gregorio de la iglesia de San Pedro. Sobre las reliquias de San Pío V que hay en la capilla del colegio Ghislieri de Pavía, v. Dell'Acqua, 101. Un agnusdei, bendecido por el santo Papa (muy grande, en cuyo dorso está el Salvador con las insignias de la Pasión), lo posee el Museo Schnütgen de Colonia.

(3) V. la Relazione en las Anal. Boll., XXXIII, 202. En una memoria contemporánea que hay al principio de las \*Litterae sede vacante post obitum Pii V (*Archivo secreto pontificio*), es elogiado el Papa como vir singulari vitae sanctitate, vitiorum omnium, sed praecipue haereticae pravitatis vindex acerrimus, ecclesiasticae disciplinae restituendae audiosissimus (sic). En Catena 219 s. hay varias poesías de algunos veneradores del Papa, entre otros Sirleto. Una de Commadone puede verse en Mai, Spicil., VIII, 487. No ha de causar maravilla que la severidad de Pío V provocase también pasquines llenos de odio; v. Masio, Cartas, 483 s.

en 1568, que desde hacía mucho tiempo no había tenido la Iglesia un supremo jerarca mejor ni más santo (1), quedaba verificado (2).

El entierro provisional de los restos mortales de Pío V efectuóse en la capilla de San Andrés de la iglesia de San Pedro (3). De allí debían ser llevados al pequeño lugar de su nacimiento, Bosco, a la iglesia de los dominicos, edificada por él allí mismo— así lo había deseado con su humildad el difunto (4). Pero Sixto V quiso retener en la Ciudad Eterna los despojos mortales del Papa por él tan altamente venerado. Para darles más honrosa sepultura, hizo erigir un mausoleo magnífico en la capilla del Pesebre de Santa María la Mayor, por él edificada (5). La traslación del cuerpo desde la capilla de San Andrés a la Basílica Liberiana efectuóse el 9 de enero de 1588 con gran solemnidad y con el concurso de una inmensa muchedumbre. Como en los funerales Marco Antonio Mureto, así esta vez Antonio Boccapaduli tuvo un discurso muy admirado (6).

(1) La \*carta sin fecha está dirigida a Luis Antinori. *Biblioteca Ambrosiana de Milán*, F. 40, Inf., p. 27.

(2) «Fué el Papa más virtuoso», dice Camaiani en su \*carta, fechada en Roma a 1.º de mayo de 1572, *Archivo público de Florencia*, Medic., 656, p. 501. V. además los juicios de Folietta y Mureto en Ciaconio, III, 1000, 1009 s.; Werro en la Revista de historia eclesiástica suiza, 1907, 219 y el juicio del médico de Pío V en Marini, II, 321-323. Cf. también Santori, *Autobiografía*, XII, 352, y la Vita di Pio V que hay en las Anal. Boll., XXXIII, 215. También Bacon de Verulam en su *Dialogus de Bello sacro*, después de haber hecho mención de la victoria de Lepanto, quae hunc inseruit naribus Ottomanni usque ad diem hodiernum, hace decir a uno de los interlocutores: Quod opus praecipue instructum et animatum fuit ab eximio illo Principe Papa Pio V, quem miror successores eius inter sanctos non retulisse (*Opera*, Hafniae, 1694, 1299).

(3) El epitafio primitivo se halla en los \*Mandata, 1572, p. 219, *Archivo público de Roma*.

(4) V. la Relatione, 204, citada arriba p. 389, nota 2.

(5) Cf. Catena, *Lettere*, Roma, 1589, 8 s.; De Angelis, *Basilica S. Mariae Mai.*, Romae, 1621, 173; Kraus-Sauer, II, 2, 622; Escher, *Barroco y clasicismo*, Leipzig, 1910, 106 s.; Orbaán, *Sixtine*, Rome, 47.

(6) V. la relación de P. Galesino en Theiner, *Annal. eccl.*, I, 7 s.; Acta Sanct. Maii, I, 697 s. y Gatticus, 480. En 1904 se celebró especialmente en Roma y Pavia el cuarto centenario del nacimiento de San Pío V. El 10 de marzo de dicho año, en presencia del cardenal V. Vannutelli, arcipreste de la Basílica Liberiana, y del cabildo, se procedió a la apertura del sarcófago de San Pío V. El esqueleto todavía conservado entero (hay un grabado de él en la obra de Nasalli Rocca, mencionada arriba, p. 389, nota 2) fué envuelto con esta ocasión en nuevas vestiduras y cubierto el cráneo con una mascarilla de plata, hecha según el vaciado original, que se conserva en la familia Manzia, cambio que no puede parecer ventajoso a quien haya conocido el estado anterior.

Sixto V fué también el que hizo introducir la causa de canonización de Pío V. Dado el gran cuidado y circunspección con que se suele proceder en Roma en tales investigaciones, la conclusión no se efectuó hasta el último tercio del siglo XVII. Clemente X beatificó a Pío V el 10 de mayo de 1672, y el 22 de mayo de 1712 Clemente XI le puso en el catálogo de los santos. Este Papa trasladó también la fiesta de San Pío V al 5 de mayo (1).

Cada año en este día, inmediatamente delante del sepulcro de San Pío V, último Papa hasta ahora canonizado, se levanta un altar, en el cual los sacerdotes ofrecen el santo sacrificio de la misa. Está entonces quitada la plancha de bronce dorado que cierra por delante el sarcófago; detrás del cristal se ve el cuerpo de San Pío V, revestido con los ornamentos pontificales. Radiante de resplandor por las numerosas luces que lo circundan, rodeado del variado brillo de las flores de mayo, envuelto en nubes de oloroso incienso, nada tiene del espanto de la muerte. Durante todo el día acuden presurosos romanos y forasteros, eclesiásticos y seglares, ricos y pobres, para venerar con silenciosa plegaria a aquel a quien tanto debe la Iglesia.

(1) V. Theiner, loco cit., 9; Acta Maii, I, 621, 715 s. El hermoso Officium Pii V puede verse en Joyau, *Pie V*, p. 371 s. Cf. Acta canoniz. Pii V, etc., Romae, 1720.